

María Luisa Femenías

Universidad Nacional de la Plata y Universidad de Buenos Aires

Violencias del mundo global: inscripciones e identidades esencializadas

Resumen:

Este trabajo se centra en la noción de identidad cultural y cómo la globalización y las migraciones que dan lugar en principio a la crisis económica, pero también a la del entramado social, operan como detonantes de situaciones de violencia contra las mujeres. Se trata de un tipo de violencia que, a diferencia de otras, tienen un carácter “reparador” en el imaginario masculino.

Palabras clave:

violencia, globalización, estructuras

Abstract:

I focus my paper on the notion of cultural identity and how due to globalization and migrations economical crisis but also social crisis trigger a certain kind of violence against women. I consider this kind of violence a sort of “reparation” of masculine symbolic imaginary.

Key Words:

violence, globalization, structures

María Luisa Femenías

Universidad Nacional de la Plata y Universidad de Buenos Aires

Violencias del mundo global: inscripciones e identidades esencializadas

En una sociedad donde la violencia es frecuente, los tabúes morales contra la violencia están devaluados. Donde por una serie de razones históricas, la violencia se ha convertido en el modo habitual de enfocar la frustración, la desesperación o las ofensas, la aversión por ella está en suspenso. Todo el mundo se acostumbra a la violencia como solución, sea como víctima, agente u observador. Se vive en ella.

Nadine Gordimer, *Un arma en la casa* (pp. 291-292).

I. Presentación

La identidad puede entenderse de muy diversas maneras. Hasta donde se, actualmente, dos son las conceptualizaciones de mayor presencia teórica y conceptual en América Latina: una, vinculada a la identidad sexo-genérica de l@s sujet@:s en vinculación a sus derechos como ciudadan@:s de un país determinado (derechos civiles, políticos, económicos, de salud, etc., cuando el "sexo" adscripto por nacimiento no coincide con la "identidad genérica" que manifiesta el/la sujet@ en cuestión)¹; y dos, la identidad vinculada a la condición cultural de individuos, pueblos o naciones no necesariamente coaguladas en un Estado (Femenías, 2007). En este trabajo, como en otros previos en los que me baso, me centraré en la segunda de las comprensiones de la identidad, es decir, la identidad cultural.

Sin embargo, quiero aclarar que, desde un punto de vista filosófico "identidad" puede entenderse de dos modos paradigmáticos aplicables tanto a los casos de la identidad sexo-genérica como a los de la cultural, como mostraré más adelante². Por esa razón, comenzaré a modo de brevísima síntesis por un planteo muy general de esa problemática. Mi intención es mostrar cómo operan y qué consecuencias se siguen de identidades comprendidas de manera esencializada.

Sorteada la aclaración conceptual, recupero la problemática general de este artículo: la incidencia y aumento de la violencia en el mundo globalizado. Ahora bien, en un artículo previo me extendí en algunos episodios de violencia internacional a raíz de la esencialización de ciertas identidades (2008b); en este, me interesa centrarme en la violencia contra las mujeres en el marco global actual,

cuyas características se van definiendo poco a poco de modo sostenido y consistente: migraciones masivas feminizadas, aumento de la violencia contra las mujeres, economías de sobrevivencia también feminizadas y feminización de la pobreza, entre las más significativas. Con esta suerte de telón de fondo, me voy a centrar en el aumento de la violencia cotidiana contra las mujeres, esa mal denominada “violencia doméstica”. Dejo de lado, entonces, violencias masivas y cruentas, producto de organizaciones criminales o (para)militares, tales como las que lamentablemente sabemos que suceden en muchas regiones de América Latina. De inmediato, pensamos en Ciudad Juárez, pero también en Guatemala, Colombia, Paraguay...

En suma, quiero revisar el impacto que las crisis actuales, vinculadas a las migraciones y a la globalización, operan sobre la identidad de grupos de individuos singulares varones y mujeres. En efecto, se señala repetidamente que reaccionan de modo “distinto”; es decir, que sufren impactos significativos diferenciados ante las situaciones de crisis (guerras, migración, globalización, catástrofes u otras situaciones de alta inestabilidad). Ahora bien, si varones y mujeres cuentan con recursos diferenciados para su supervivencia, la pregunta es de qué modo impactan las crisis en sus “identidades” y cómo se las puede vincular con el aumento de la violencia contra las mujeres.

II. La (obvia) cuestión filosófica de cómo entender “identidad”

Tanto el multiculturalismo como el post-estructuralismo, al menos hasta cierto punto, pusieron en el centro de sus análisis la noción de “identidad”. Durante la década pasada, posiciones como las sostenidas por “las políticas de la identidad” tuvieron fuertes defensoras, al punto de situar la cuestión en un primer plano de debate. Asuntos que giraron entorno a la post-colonialidad, los estudios de la subalternidad, las identidades de los pueblos originarios y/o de algunos grupos migrantes, fueron objeto de debate y de férrea defensa en contra del denominado pensamiento hegemónico occidental o filo-occidentalizante (piénsese la influencia de Saïd, Mohanty, Spivak en autoras como Rivera Cusicanqui o Anzaldúa). Sin embargo, en la mayoría de esos debates, la noción de “identidad” fue un preconceito más –muy utilizado pero poco examinado– al punto de que en su momento detecté una pluralidad de usos, algunos de los cuáles eran simplemente contradictorios tal como sucede con la misma noción de multiculturalismo (Femenías, 2007).

De ese examen y otros posteriores, retomo la pregunta de: ¿qué se dice y qué se hace cuando se apela a la “identidad”? (Femenías, 2007; 2008; 2010b). En general, se reivindica una suerte de *diferencia* de la que un individuo es portador a modo de *rasgo identificatorio* y en tanto miembro natural de un cierto

grupo; rasgo además que lo define en consecuencia (Femenías, 2007: 69). Es decir, “identidad” se refiere a una cierta particularidad en un sujeto (o pueblo) y admite *grosso modo* dos interpretaciones posibles: i) una versión fuerte de la identidad –es decir, esencializada– y ii) una versión débil –entendida como constructo socio-histórico-psicológico, que es la que voy a defender en este trabajo y que he denominado “identidad compleja”. Sobre la identidad compleja me extenderé más adelante. Ahora sólo quiero sintéticamente recordar que las comprensiones esencializadas de la identidad apelan a ciertos sistemas de valores cristalizados que aplican a personas o grupos supuestamente contruidos a partir (sobre) ciertos rasgos inalienables a los que remiten como justificación suficiente. María Lugones ha extraído interesantes conclusiones a partir de cómo han operado las dicotomías “puro/impuro” en América Latina a lo largo de la historia en relación a cuestiones identitarias (Femenías, 2007: 229).

En suma, en términos filosóficos, ciertas políticas discursivas (intelectuales y populares) tratan la “identidad” de modo “esencializado” y, por tanto, la entienden como inmutable, inmodificable vinculada al “Ser”. Incluso, adquiere la forma de un biologicismo, un culturalismo u otras posiciones afines, relativamente extendidas gracias a las virtualidades ontologizantes de la lengua castellana. Las obras de muchos filósofos permiten detectar

ecos de esos debates, incapaces de pensar la “no-identidad” (Femenías, 2007: 55). Es decir, que un individuo, un grupo o un cierto rasgo, bajo el transcurrir del tiempo, no sea idéntico consigo mismo. Se evita en consecuencia pensar el movimiento y el cambio, obturándose una comprensión dinámica de “el mundo”.

Sobre una base ontologizada, muchos grupos que buscaron autoafirmarse construyeron versiones positivas autodesignadas de la identidad, en términos de lo que, en otro trabajo, denominé “estrategias contraidentitarias” o retomando una denominación de Spivak, “esencialismo estratégico”, invirtiéndose voluntarísticamente la carga valorativa del rasgo puesto en juego pero sin modificar los presupuestos excluyentes que lo sostenían (Femenías, 2007). Para muchos teóricos, de la mano del tamiz postmoderno de Heidegger, el mismo esencialismo estratégico va en ese sentido (Maihle 2008: 138). En efecto, conserva casi sin desmontar el fijismo que le critica a la modernidad, junto con todos sus problemas y paradojas (Femenías, 2008). Por tanto, es necesario replantear la cuestión de la identidad desde otro punto de partida. De ahí mi propuesta de elaborar un concepto complejo de identidad, superando los modelos de “rasgo único” ontologizado.

Hecha esta apresurada salvedad, paso a la cuestión de cómo entender, en paralelo, “migración” y “globalización” como fenómenos de nuestro tiempo.

III. El fenómeno actual de la migración

Tomo por separado –un poco artificialmente y sólo a los fines de análisis presente– los problemas de la migración y de la globalización. Entiendo por “migración” cualquier desplazamiento de población, grupos o individuos (indistintamente de su sexo-género) desde un lugar de origen a otro de destino. Por lo general, esto se efectúa desde las zonas rurales a las grandes ciudades, desde las áreas económicamente deprimidas a las más florecientes, desde las culturas más cerradas y controladoras a las que favorecen espacios de mayor libertad y participación (Sassen, 2010), tanto dentro de sus propios países como hacia el exterior (IVC, 2006). Dejo de lado las migraciones forzadas por guerra o cataclismos y, en general, las justificaciones de tipo económico a las que, en declaraciones informales, las mujeres suelen añadir como motivo suficiente “buscar una vida mejor”, forma eufemística de aludir no sólo mejores condiciones materiales de vida, sino también de mayor libertad, autonomía, ejercicio de la ciudadanía y libertad sexual. Sea como fuere, las estadísticas indican que el porcentaje de mujeres migrantes es a nivel internacional de más del 51% en las regiones desarrolladas. Se desplazan, en general, solas en calidad de asalariadas principales o para lograr la reunificación familiar.

En clara consonancia con eso, los estudios de Saskia Sassen (2003; 2007 y 2010) muestran, por un lado, conexiones sistemáticas entre el crecimiento de circuitos económicos alternativos y la feminización de los circuitos transfronterizos. Por otro, pero a la par, el empobrecimiento sostenido de los países subdesarrollados. Es decir, los circuitos que se generan son mayormente ilegales (p. ej. tráfico e industria del sexo) pero los hay también legales (p. ej. envío de remesas a los países de origen). Ambos son propios de la economía globalizada, lo que sella un estrecho vínculo entre migración y globalización. Tales vínculos en la economía sumergida o la informal (incluso en la ilegal), constituyen, para Sassen, elementos estructurales en un sistema que se está recomponiendo, algunas de cuyas consecuencias señalaré en el siguiente apartado.

Quiero resaltar que Sassen muestra en sus estudios que, además, si bien la calificación de “migrante” engloba tanto a varones cuanto a mujeres, sistemáticamente se feminiza todo el colectivo (Sassen, 2010). Esto quiere decir, en apretada síntesis, que en el imaginario laboral del país de acogida, los varones tanto como las mujeres ocupan, en su mayor parte, una posición feminizada (con las consecuencias del caso; retomo esto más adelante). Otro de los fenómenos cuya valoración se tensa curiosamente es que –como nuevamente lo muestra Sassen (2003)– las mujeres quedan a cargo de la responsabilidad de la supervivencia puesto

que no solo resguardan a sus familias, sino que, en general –gracias al envío de remesas de dinero– son las responsables del más alto movimiento de circulante en sus países de origen. Sassen lo estudia sólo para los circuitos legales, pero otras estudiosas se centran en circuitos ilegales como el de la prostitución (Butler, 2000) y el del trabajo en las maquilas (Miceli, en Aponte, 2008), en cuyos casos, el circulante es aún mayor.

En síntesis, los estudios sistemáticos de los que disponemos muestran que, en situaciones de precariedad y de pobreza, las mujeres son capaces de construir rápidamente y de modo duradero redes solidarias de subsistencia, capacidad que muchos han denominado “resiliencia”, destacándose el papel creativo de la *agencia femenina* que permite quebrar el determinismo económico y organizar circuitos alternativos con mayor autonomía (Sassen, 2003)³. Sea como fuere, esos circuitos informales, ilegales y transfronterizos comparten una característica en común: son rentables. Es decir, generan beneficios económicos a escalas significativas, siendo una fuente importante de circulación de divisas, sobre todo en países que –como los latinoamericanos– tienen condiciones estructurales más laxas (Sassen, 2003: 26). En su mayoría, las mujeres diseñan y administran tales circuitos, que Sassen denomina *contra geografías de la globalización*, y que eluden las prácticas convencionales de control. Actualmente tales circuitos son globa-

les porque existe un sistema económico que también lo es y que permite la circulación tanto del dinero como de las personas a través de mercados transfronterizos. Es decir, la globalización juega un papel fundamental.

IV. La globalización como el nuevo paradigma

El fenómeno llamado “globalización” (término polivalente) es ante todo un proceso económico cuyos parámetros fundamentales sistematizo a partir del análisis que, al respecto, realiza Celia Amorós (2008), quien se basa en la obra de Manuel Castells. Amorós caracteriza la globalización a partir de cuatro ejes fundamentales: el “paradigma informacionalista”; la articulación de la “sociedad red”; el nuevo modelo de desarrollo capitalista; y, por último, la redefinición del papel de los Estados-nación.

Explico sumariamente cada eje. En primer término, el paradigma informacionalista –como todo modelo comprensivo– establece los términos de lo que hay que describir, interpretar o explicar como fenómeno, suplantando al “paradigma industrialista” propio del desarrollo decimonónico con sus figuras paradigmáticas: el “obrero” y el “proveedor”, ambos prototípicamente varones. El nuevo paradigma unifica epistemológicamente el ámbito de la vida a partir del ámbito de la comunicación, produciendo una “revolución” gracias a la emergen-

cia de una extraordinaria capacidad de procesamiento de información (Amorós, 2008). Esto implica las actividades de recombinación y redistribución de esa información, generando un círculo virtuoso cuyo efecto es un *feedback* permanente, apto para construir mensajes personalizados y redes complejas de información (Amorós, 2008).

Al mismo tiempo, se produce un cambio radical en el papel del Estado. Si en el modelo anterior el Estado era el “gran custodio” de la distribución gracias a un conjunto de leyes de protección, a partir de los noventa, los Estados modificaron sus sistemas legales favoreciendo (mediante fuertes desregulaciones y otras estrategias) la circulación transfronteriza de capitales y debilitando su capacidad de control. Ciertas ciudades se convirtieron en núcleos-clave-de circulación, en tanto ciudades-globales (Sassen, 2008), casi desvinculadas de sus territorios nacionales. Con esto se desterritorializó la mayor parte de las operaciones monetarias a la vez que potenciaron circuitos formales e informales transfronterizos (Sassen, 2010). Así, la nueva forma de capitalismo global es posible gracias a las políticas de desregulación implementadas por los propios Estados, cuya intervención, en este sentido, ha sido fundamental.

En otras palabras, la creciente desregulación y la consecuente precarización de los trabajadores asalariados disolvió el modelo del obrero decimonónico y, al mismo tiempo, ana-

cronizó el conjunto de leyes laborales que lo sostienen, producto de fuertes luchas reivindicativas. Paralelamente, la expansión de la economía informal (marginal) reduce los costos de producción en la medida en que favorece la flexibilización y la desregulación de la fuerza de trabajo. De ese modo, se crean condiciones que permiten absorber la mano de obra femenina y/o extranjera feminizada. Por su parte, los que aún conservan sus trabajos, en el sentido tradicional del término, conviven con un enorme número en aumento de empleados desregulados, mayormente mujeres, en circuitos informales transfronterizos. En tanto decrece el número de empleados asalariados, los que permanecen en el sistema son cada vez más calificados, sus salarios son cada vez más altos y el lapso de su “vida útil” es cada vez más bajo. A diferencia de lo que ocurría en el siglo pasado, ya nadie ingresa, progresa y se jubila en una misma empresa.

Las consecuencias más inmediatas que extrae Sassen son, por un lado, la *feminización de la fuerza de trabajo* y, por otro, la *feminización de la pobreza*, un fenómeno que, con distintos rasgos, se ha incrementado a lo largo de las últimas tres décadas, tanto en países hegemónicos como en periféricos (Sassen, 2003). Otra consecuencia es la crisis y caída del “obrero” y del varón “jefe proveedor de la familia”. Aceleradamente, el mundo se divide –en palabras de Amorós (2008)– entre “ganadores” y “perdedores”. Los “ganadores” sustentan el

modelo hegemónico de una virilidad exitosa, los “perdedores” son feminizados por el sistema que con diversas estrategias se resisten a integrar esa masa feminizada. Otra consecuencia es la fragilización y deterioro del tejido social, que funciona como *condición de posibilidad* del surgimiento de nuevas formas de violencia. Este es un punto que nos interesa rastrear dado que las personas quedan abandonadas a la expropiación y separadas de sus afectos. Pero más aún, queda escindida de sus referentes ideológicos, de sus sistemas de creencias y, en especial, de los identificadores de reconocimiento social, básicamente ligados a los roles de sexo-género como marca íntima de identidad y de autoestima. Todos hemos entrado en crisis, pero la crisis afecta a los sexo-géneros diferenciadamente.

El mundo del trabajo se reconfigura según una nueva lógica laboral que combina ensamblaje electrónico y neoliberalismo, en términos de “economía del trabajo doméstico pero fuera del hogar” (Amorós, 2008). Brevemente, esto significa que en la actualidad el trabajo de los varones está siendo redefinido en términos femeninos y feminizados, donde “feminizado” quiere decir vulnerable, apto para ser desmontado, vuelto a montar, explotado como fuerza de trabajo de reserva, sin horarios fijos ni límites claros, más próximo al “servidor” que al “empleado”. En suma, el capitalismo global impone a nivel mundial la estructura organizativa del trabajo doméstico.

La migración, como consecuencia de la globalización con sus efectos de “economía del trabajo doméstico fuera del hogar”, es femenina en clave literal para las mujeres y metafórica para los varones, y genera nuevas condiciones laborales. Las nuevas tecnologías, la volatilización de los capitales, la desterritorialización de las multinacionales y las grandes migraciones que siguen *la ruta del trabajo*, presuponen y contribuyen a la feminización intensiva del trabajo y su tercermundialización. Algunas teóricas llegan a la conclusión (que pretenden optimista) de que cada vez habrá más mujeres y más varones luchando en situaciones similares, lo que –a su juicio– obligará a hacer alianzas intergenéricas e interraciales (Haraway, 1995). Sin embargo, no advierten suficientemente los términos del desmoronamiento de la pirámide, alguna de cuyas consecuencias es que el rasero nivela hacia abajo en el efecto de la feminización.

Me interesa subrayar que a pesar de ello varones y mujeres siguen siendo socializados con expectativas de logro y mandatos sociales diferenciados, que responden a modelos anacrónicos. A nivel socio-estructural y en su narración de sí, unos y otras siguen mayormente “inscriptos” en lugares de prestigio diferenciado: además, como muy bien señaló Rosi Braidotti, no es lo mismo “ser mujer” que “devenir mujer” por devaluación (Braidotti, 2000). Por añadidura, siguen vigentes discursos e imaginarios que vinculan varones y mujeres a

“lugares naturales” (esencializados) que determinan a su vez parámetros de éxito y de fracaso. Propongo, entonces, como hipótesis preliminar, que las nuevas violencias contra las mujeres se vinculan estrechamente a este acelerado proceso de feminización de lugares tradicionalmente masculinos y por ende considerados “superiores”. En esa suerte de caída libre, se produce una *herida* en la autoestima de los varones, en tanto viven un vertiginoso proceso de devaluación en medio de “mandatos” sociales contradictorios. Por cierto, no es mi interés justificar su violencia sino entender algunos de los mecanismos que permiten su eclosión actual, en vistas de políticas de prevención y/o reversión. Esa violencia debe distinguirse de la que promueven las redes terroristas o narcoterroristas, los grupos de trata y prostitución, los Estados teocráticos radicalizados en tanto su objetivo es otro y otro también el tipo y rango de los “beneficios” buscados. Por eso, la denomino “nueva” y por eso también creo imprescindible examinarla a la luz de las consideraciones generales que acabo de realizar.

V. La necesaria e insuficiente explicación psicológica

En general, se centra la explicación sobre la violencia contra las mujeres en la figura del varón violento. Pocas políticas públicas toman en cuenta la relación vincular entre ambos inte-

grantes de una pareja violenta (Rodríguez Durán, 2006) y menos aún la situación estructural de sus miembros. Ana N. Berezín acertadamente sostiene la no-naturalidad de la violencia y la necesidad de reconocerla no sólo como una cierta patología, sino como una capacidad presente en todos los seres humanos (Berezín, 2010: 19). A continuación, con dos trabajos recientes de psicoanalistas argentinas, ilustro la comprensión de la violencia como una *patología* que algunos varones sufren.

Veamos. La misma Berezín, a pesar de que en la referencia anterior parece reconocer implícitamente algún nivel extra-individual que habilita la emergencia de la violencia, al examinar más detalladamente la cuestión comete, a mi juicio, al menos dos inconsistencias. Cito: “¿Cómo es que miles de hombres y de mujeres realizan actos crueles [...]? ¿Qué resorte de *la subjetividad* de cada uno de los que participan, se ha movilizó? ¿Qué potencialidad latente se activa en lo más profundo de su ser y de su ser con otros?” (Berezín, 2010: 17). Las preguntas citadas centran la mirada en el sujeto violento, en principio, indiferenciado por sexo-género (un problema sobre el que no entraré ahora). En primer lugar, al interrogarse “¿cómo es que...?” (mi resaltado), a lo largo del libro, la autora busca respuestas al “cómo” en la “interioridad” de cada quién. Es decir, encauza la respuesta hacia lo “interior-biográfico-experiencial” de cada quién. En segundo lugar,

aunque afirma rehuir del esencialismo, apela a “El Mal”, como origen último de toda violencia y crueldad.

En síntesis, a pesar de intentar abrir un campo fértil interrogándose por Auschwitz e Hiroshima, retomando exámenes de Arendt, Primo Levi y Foucault, entre otros, no logra escapar a la respuesta del *ejecutor individual* movido por pulsiones de muerte o por narcisismo de muerte, que potencialmente llevan a un determinado individuo hasta “El Mal”. Las respuestas que ensaya quedan desvinculadas de los contextos de las decisiones, las acciones, las presiones o las elecciones que hacen de un cierto sujeto un individuo violento o cruel, hasta tornarse incomprensible y misterioso.

En un trabajo mucho más fructífero y sagaz, Liliana Fedullo se centra en el problema del deseo y muestra cómo la respuesta violenta “destruye” (real o simbólicamente) al objeto deseado (Fedullo, 2009: 2). Sintéticamente, el varón en su acto violento “destruye” a la mujer que ama y desea, quizá –añade la autora– precisamente por ello. Esta psicoanalista parte de la pregunta ¿Qué desea quien desea un “objeto” al que destruye en su deseo? Y sugiere que hay en juego una cuestión de reconocimiento o, mejor dicho, de no-reconocimiento que afecta la autoestima que el varón necesita reafirmar. ¿Cómo reconstruir –se pregunta– la autoestima patriarcal, cuando se destruye violenta-

mente a quién se busca precisamente con el afán de recuperar reconocimiento y autoestima? En consonancia con las explicaciones de S. Freud en *Tótem y Tabú*, Fedullo señala que “la compulsiva consumición / apropiación, recuerda el proceso de identificación canibalística del agresor”, en cuyo proceso, simbólicamente, se apropia de las facultades y las capacidades de la persona contra la que arremete (Fedullo, 2009: 3).

En esa interpretación, el deseo del violento y las relaciones que entabla con su “objeto” se juegan en el ámbito del dominio, de la soberanía, del control. Por algún motivo, el deseo del varón, que opera como horizonte de significado que alimenta y reafirma, al mismo tiempo, su virilidad y su autoestima en términos de deseo de dominio, se ve limitado o devaluado por el “objeto” al que dice amar, reaccionando en consecuencia, con la intención de “restaurar” su autoestima.

La noción freudiana de “canibalismo” abre un amplio campo interpretativo pero sigue enmarcando el problema en términos de relaciones binarias varón-mujer: el victimario y su víctima, reducidos un ámbito en el que prevalecen las variables singulares, vinculadas a la personalidad de cada quien. Una explicación de este tipo, si bien clarificadora y necesaria, es insuficiente a la hora de generar políticas públicas que den respuesta a las cifras en aumento de violencia contra las mujeres (Femenías, 2010).

VI. Una explicación estructural de la violencia contra las mujeres

Quiero llamar la atención sobre las condiciones estructurales de la violencia. En efecto, hay ciertas experiencias que marcan el lugar de una otredad radical y “ser mujer” puede ser una de ellas. Para muchas mujeres, la violencia es una “fatalidad” más de ese lugar de otredad y para muchos varones, un trofeo más de su condición viril. En ambos casos, la naturalización de la violencia debe remitirnos a observar las estructuras que solidariamente la sostienen más allá de los individuos singulares. Para mi planteo del problema, me interesa retomar un aspecto de la vieja polémica que mantuvieron Iris M. Young y Nancy Chodorow sobre la “naturaleza” de la maternidad (Young, 1983). Ahora, no me interesa la maternidad, sino en el giro estructural que Young le dio al problema. En efecto, mostró como los modos de entender la maternidad y de vivirla no responde a la *naturaleza femenina* sino a cómo culturalmente –es decir, estructuralmente– se construye el ideal de la maternidad. Para Young, tanto la identidad como el carácter de la maternidad o de la violencia deben plantearse en términos políticos, porque las relaciones estructurales superan y condicionan las que entablan los individuos, con consecuencias que los exceden.

Young celebra el interés práctico que tiene la emancipación de los individuos. En principio porque desafían el lenguaje y las costum-

bres que tienden a reforzar, junto con los discursos hegemónicos, la *cosificación ideológica de la realidad social*. Los discursos contra-hegemónicos refieren, en cambio, a realizaciones latentes en una cierta realidad social dada que, cuando ganan el centro, la transforman tanto social cuanto estructuralmente (Young, 1995). Esa dinámica responde siempre a un sistema central de “opresión” que –según Young– permite comprender mecanismos individuales y sociales, sancionados y legitimados en usos y costumbres que cosifican estructuralmente cierta “otredad”. En tal estructura, Young distingue cinco aspectos: i) explotación económica, ii) marginación social, iii) carencia de poder y sub-representación, iv) imperialismo cultural y, por último, v) violencia. Todos estos aspectos se implican mutuamente, contribuyendo a modelar las identidades de los sujetos inscriptos en ella en términos de incluidos/excluidos, más allá de los rasgos singulares de su personalidad.

Para Young –como para Amorós y otras teóricas de raíz marxista– las relaciones patriarcales, que rigen los discursos hegemónicos, responden a un orden simbólico e ideológico estructural y jerárquico, que excede a los individuos singulares, sean varones o mujeres. Por eso, además del problema de que algunos varones son *patológicamente* violentos, y la psicología hace bien en ocuparse de ellos, el problema reside en que existen y subsisten condiciones estructurales *naturalizadas* que favo-

recen o habilitan la violencia *natural* de los varones y, al mismo tiempo, la vulnerabilidad *natural* de las mujeres. Por tanto, es preciso revisar las condiciones estructurales que favorecen, encubren, invisibilizan, minimizan o justifican la violencia contra las mujeres, generando discursos hegemónicos que todavía, en tiempos de globalización, asignan un *lugar* jerárquico superior *natural* a los varones como colectivo y un *lugar natural* inferior a las mujeres, también como colectivo.

Buena parte de la violencia que varones singulares ejercen responde a modelos considerados *propios* de conducta “masculina” aceptados, justificados, minimizados, alentados o encubiertos, tanto actual como históricamente de múltiples maneras. Se ha construido la superioridad de “los varones” sobre la subestimación de “las mujeres” y de quienes quedan inscriptos en *posición mujer* (es decir, feminizados), favoreciendo el ejercicio simbólico y cruento de la violencia como un “rasgo” constitutivo del orden hegemónico vigente (Femenías, en Aponte, 2008).

En suma, en la medida en que la violencia es estructurante en todas las sociedades, la que actualmente se ejerce contra las mujeres exhibe la redefinición (o reacomodamiento) simbólico-funcional de los espacios de poder de los *varones hegemónicos* en la sociedad global. De modo que, sin eximir de responsabilidad singular a cada varón violento en particular, sostengo que la violencia –incluso en sus

expresiones extremas– “funciona” como un modo de “castigo” o “admonición reparatoria” del sistema jerárquico patriarcal, que refuerza la autoestima del colectivo de los varones, en términos de hegemonía estructural. Los procesos actuales de globalización redefinen no sólo el lugar de las mujeres, sino de todo aquel que *por definición* estructural quede feminizado. Se trata de un proceso complejo de inferiorización *naturalizada* donde los “otros” (mujeres, negros, pueblos originarios, migrantes, desplazados, pobres, marginales) *deben* ocupar *sus lugares inferiores naturales* y actuar en consecuencia como sostén de la jerarquía patriarcal, ahora en crisis, en vías de redefinición.

La globalización opera como un movimiento de reacomodamiento del poder económico, donde la migración –en tanto traslación territorial– se suma al reordenamiento global del “mundo”, estructurándolo en beneficio de un grupo cada vez más limitado de varones hegemónicos que, por exclusión, feminizan al resto. Traducida según las categorías estructurales de Young, que enumeré más arriba, la globalización reordena la explotación económica, la marginación social, la carencia de poder y la sub-representación de mujeres y de varones feminizados, como colectivo, y acelera los modos de la violencia. Esto es así porque aunque todos los varones –por disciplinamiento cultural esencializado y naturalizado– se sigan pensando como miembros *naturales* del colectivo sexual de “los dominadores” (“los ganado-

res”) del nuevo orden del mundo en contraposición a las mujeres, la mayoría de ellos padece el rápido proceso de inferiorización estructural al que lleva la feminización global: proceso al que, por cierto, se resisten. No obstante, la mayoría se ve directa e indirectamente desplazada de los ejes del poder real y simbólico, negándose a la nueva jerarquía socio-identitaria inferiorizada y enunciada bajo mandatos contradictorios. Por eso, cuanto más rígida es la conformación identitaria de un varón en términos de “superioridad masculina” (individual y/o grupal) tanto más proclive es a no aceptar un lugar devaluado-feminizado, y reaccionar en consecuencia agrediendo a La Mujer, *su* inferior natural.

Me permito adelantar la siguiente hipótesis provisoria: ante estructuras identitarias masculinas rígidas y esencializadas (al estilo de la *ontología social* denunciada por Young), cuanto más inferiorizante es tal estructura para las mujeres y los feminizados, tanto más se exculpa al varón singular del ejercicio individual de la violencia. Contrariamente, cuanto más laxo y permeable es el ascenso de las mujeres y de los feminizados a lugares más equitativos o jerárquicamente valorados, tanta más violencia ejercen a los individuos singulares; defensores tácitos y portavoces de la “masculinidad hegemónica” perdida o en vías de perderse. Para los varones, los mecanismos de aceptación y/o rechazo de los lugares feminizados son múltiples: depresión, enfermedad, des-

gano generalizado, suicidio; pero la violencia contra las mujeres (y los feminizados) es, en general, la conducta aprendida, funcional y encubierta que el sistema acepta con más naturalidad. Por razones histórico-estructurales, ese tipo de violencia (que no brinda honor ni prestigio) sólo puede ejercerse sobre un otro femenino, en una maniobra de autoafirmación identitaria patriarcal. La denomino “violencia reparatoria” en tanto pretende reparar (fallidamente) *el orden jerárquico natural* desafiado por los rápidos cambios de orden económico y de reconocimiento.

VII. En defensa de la identidad compleja

Vuelvo a Iris M. Young (1990). La filósofa realizó un importante esfuerzo para vincular las nociones de identidad y de diferencia al concepto de superestructura, denunciando la carga ontológica de esos conceptos y los peligros implicados. Propuso, en cambio, entender la identidad como un constructo político, y por tanto, simbólico, ideológico y estructural, en la línea de algunas de las consideraciones que adopté más arriba. Muchas comprensiones de la identidad, que instan a los sujetos (varones y mujeres) a constituirse en “actores sociales”, la entienden de ese modo. Es decir, conformada a partir del lugar que ocupa cada quién en una cierta trama social, política, cultural o

simbólica con otros sujetos, pero capaz de promover cambios y dinámicas de transformación (Femenías, 2007: 119 y ss).

Contra las concepciones esencializadas de la identidad, definiendo entonces una “identidad compleja”. Entiendo por “identidad compleja” un constructo que no responde a un sólo rasgo fijo, determinante y esencial, anterior e independiente de la vida y la experiencia de los/as individuos y los grupos. Por el contrario, la considero conformada individual y colectivamente a partir de la organización de las propias experiencias de vida en interjuego con otros grupos de referencia y en base a identificaciones con ideales regulatorios; siempre en constante reestructuración y movimiento, donde persisten algunos núcleos más estables que otros, pero en continuo diálogo con el entorno y consigo misma/o. Así, la identidad implica un conjunto de rasgos, creencias, costumbres y estilos de vida no estáticos.

La ventaja de entender la identidad de modo complejo es que siempre responde a estructuras sociales, acontecimientos históricos, factores económicos, discursos ideológicos hegemónicos o no, rasgos singulares de cada sujeto, políticas públicas que fomentan (o no) ciertos estilos y, por sobre todo, identificaciones (conscientes e inconscientes a la vez) de las personas respecto de ideales regulatorios o ficciones regulativas, siempre de modo crítico y flexible. Como un constructo incompleto e inestable por definición, es apta para aceptar crí-

camente nuevas posibilidades, innovaciones individuales y grupales, porque ninguna resignificación identitaria es un acto individual y solitario. Por eso, lejos de constituir un núcleo esencial ahistórico, del que las personas no pueden liberarse y que las acompaña de modo intacto durante toda la vida, la identidad funciona como un complejo proceso de apropiación socio-cultural (individual y colectiva) de un conjunto de rasgos en un juego dinámico y constante de asunción / aceptación /selección y/o rechazo (Femenías, 2007: 100 y ss).

Dicho en palabras de Jean Paul Sartre, si “somos lo que no somos” porque “somos” *lo que los demás nos devuelven que somos*, los otros son parte constitutiva de nosotros/as mismos. En situación de globalización, y bajo el fuerte flujo migratorio actual, muchos “otros” constantemente nos devuelven *cómo* y *dónde* somos, en una suerte de “diálogo” o de “contrastación” permanente (Femenías, 2007; 2009). Los nuevos “otros” nos devuelven (y les devolvemos) *otros* aspectos, *otros* valores, *otras* dinámicas. Por eso mantener discursos que avalan concepciones de identidad, ontológicamente inmodificable y jerárquica, no es funcional a los vertiginosos cambios de la sociedad globalizada actual. Por el contrario, sólo una concepción dinámica de la identidad incorpora lo nuevo y abre paso a lo novedoso. Sin embargo, los discursos sobre la masculinidad y la femineidad refuerzan todavía identidades esencializadas

bajo jerarquías naturales. Son discursos ideológicos, no ingenuos, que configuran una comprensión única de cómo *deben* funcionar los sexo-géneros, rechazando los cambios: en síntesis, ese *orden natural* se torna prescriptivo.

VIII. Estereotipos en crisis

La situación de migración influye de modo diverso en mujeres y en varones; en jóvenes y en mayores. En la línea de lo que venimos señalando, las mujeres encuentran más espacios de autoafirmación valorativa y (re)construcción identitaria. Los varones, en cambio, sufren una desconfirmación creciente de sus modos patriarcales jerárquicos. Esto es así no tanto porque no haya “estilos patriarcales globales” sino porque esos estilos se están configurando sobre nuevas bases. En ese punto sexismo y racismo se suturan: la exclusión inferiorizante a la que se somete tradicionalmente a las mujeres es afín (o al menos así lo viven) a la exclusión inferiorizante a la que muchos varones se ven sometidos por el racismo y el clasismo. Es decir, involuntariamente pasan a ocupar una “posición mujer”; un *locus* claramente inferior en la escala de las jerarquías sociales. Además, mientras que las mujeres migrantes y globalizadas tienen a formar redes de contención que las afianzan –sobre todo al desafiar las relaciones de estatus que las sometían, emancipándose del imaginario cul-

tural tradicional–, los varones, por su parte, son más proclives a un individualismo fuerte en el que interactúan aglutinadamente, pero no “solidariamente” en redes de sostén. En ese campo de tensiones y de fuerzas encontradas, la mayoría de los varones migrantes lucha por retener una identidad que se torna *anacrónica*. Cuando queda desborda por los cambios, según variables subjetivas y detonantes impredecibles, opta o bien por autoviolencia (alcoholismo, depresión, etc.) o bien hacia alguna forma de violencia contra las mujeres, como la respuesta aprendida de más fácil tramitación. En esos casos, el horizonte de sentido es un fin ejemplificador, controlador y a la vez restitutivo del rasgo identitario en crisis, cuestionado o perdido (Femenías en Aponte, 2008; Femenías, 2009).

En suma, para las mujeres, “consolidación” y “negociación” –como dos líneas paradigmáticas de la puesta en juego de la identidad– parecen, *grosso modo*, ser estilos “troncales” de reinscripción social y enfrentamiento de “lo novedoso”. En principio, porque las mujeres tienen algo que ganar en el achatamiento de las jerarquías patriarcales, le imprimen a la sociedad un impulso dinámico y democratizante en términos de incorporación de espacios de autoafirmación y expansión de sus libertades, aún a costa de mayores beneficios económicos. Por el contrario, como en ese mismo proceso los varones tienen algo que perder del orden de lo prebendario, se resisten a la posibilidad de pérdida

real y sostenida de sus privilegios jerárquicos históricos, según el orden tradicional ahora en crisis, acusando recibo del menor reconocimiento y del aumento sostenido de su desconfirmación. Es decir, actúan según el subtexto de sexo-género.

Si la globalización y la migración ponen en juego nuevas *identidades* y favorecen *identificaciones múltiples*, a mayor flexibilidad más ganancia estructural para las mujeres; lo que constituye un factor de cambio positivo al que responden con niveles integración psico-socio-político mayores. Los varones, en cambio, viven las tensiones desjerarquizantes de la situación más tensamente; sobre todo, porque los discursos en boga mantienen una ontología social que los confirma en *una superioridad a la que no pueden acceder*. Si se fomentase la comprensión de la identidad como una construcción político-social compleja, las mujeres serían, en menor medida, la variable del ajuste disciplinario.

Breve y esquemáticamente, en el apartado que sigue, retomo el problema de la identidad y lo relaciono a las precisiones de lo que Young denominó la *ontología social que subyace a muchas de las teorías contemporáneas* [que son] *metodológicamente individualistas o atomistas* (Young, 1995: 45). Propongo una explicación estructural plausible de las “nuevas violencias” contra las mujeres, como condición de la emergencia del canibalismo individual del que habla Fedullo.

IX. La necesidad de restituir *el orden*

Como vimos, tanto a consecuencia de la globalización cuanto de la migración ciertos colectivos se feminizan, indistintamente del sexo-género de sus integrantes. En consecuencia, se los trata como históricamente se ha tratado a las mujeres: en el mercado laboral están mal remunerados, no obtienen reconocimiento por su trabajo, ocupan cargos desjerarquizados, su empleo se fragiliza, etc. Todo eso produce un fuerte impacto en la *identidad natural* de los varones inscrita en los discursos hegemónicos vigentes sobre la virilidad. En el otro extremo, la globalización retiene un conjunto mínimo de varones hegemónicos, con la mayor concentración pensable de poder económico y social al tiempo que desplaza a la mayoría de los varones hacia lugares cada vez más feminizados. El imaginario social –todavía fuertemente patriarcal– considera que *ese lugar descalificado no es el lugar natural de UN VARON*. La contradicción impacta fuertemente sobre la autoestima e “identidad” de los varones, con los matices del caso, según el grupo, el individuo, la edad, etc. Retomando la afirmación sartreana sobre las miradas que nos devuelven los otros, aceptar la mirada actual es para la mayoría de los varones aceptar la pérdida de *sus* espacios de reconocimiento para hacerse cargo de la *devaluación* de sí mismos.

Numerosos estudios muestran que los varones tienen más dificultades para renegociar sus identidades (Femenías, 2010), mientras que las mujeres lo logran formando redes de supervivencia aún en las condiciones más adversas de los circuitos informales desregulados y altamente devaluados. Esas redes, en el fondo, les confieren colectivamente cierta autonomía que les devuelve una imagen de sí altamente valiosa. La imagen de sí que devuelve a varones y mujeres “la mirada de los otros” en esta situación de crisis es, de ese modo, altamente diferenciada; y la violencia de cada varón (o de su grupo de pertenencia) “responde” a la vivencia de la pérdida de su lugar de reconocimiento jerárquico, del que se considera *naturalmente* acreedor y despojado. La mayor concentración de poder en cada vez menos varones y la feminización de los lugares que antes ocupaban, con escaso o nulo reconocimiento, sientan las bases socio-políticas de la canibalización de las mujeres, a la que apunta Fedullo (2009: 2).

Por eso, la violencia excede a los dos individuos (varón y mujer) singulares en relación binaria; responde a un pacto patriarcal previo (Amorós, 1985; Pateman, 1995). En síntesis, no se trata de que un varón descargue contra una mujer “un ritual de sacrificio, violento y macabro”; menos aún que se trate de un crimen perpetrado “bajo emoción violenta” o “pasión incontrolada”. Se trata, por el contrario, de una maniobra favorecida y encubierta

por una estructura social que sigue siendo patriarcal, jerárquica y excluyente; permitiendo la acción violenta como una reconvencción disciplinaria al “objeto” (mujer) que insubordinándose *se ha desplazado* de su lugar natural *qua* inferior. Porque, en la situación global actual, con su multitudinario desplazamiento de personas, los varones que están “a la par” responden a un rasero que ha nivelado hacia abajo. Así, ellos feminizados reaccionan en consecuencia a fin de ratificar su identidad configurada sobre estereotipos paradigmáticos de virilidad, que celebran la fuerza como autoridad despótica.

En la dinámica de las grandes ciudades, directa e indirectamente, las mujeres sienten que se aproximan más al logro efectivo de sus derechos de ciudadanía, horizonte de significado y uno de sus motivos para migrar. Como sostiene Sassen, se trata de la “apropiación de la ciudadanía en la ciudad” (2003: 41) cuya consecuencia es que también reconfiguran su identidad, pero en virtud de algunos beneficios: trabajo asalariado, mayor libertad sexual, mayor autonomía, administración de los propios bienes (aunque remitan a sus familias buena parte de sus salarios), reconocimiento más equitativo (debido a la feminización de los varones), autodeterminación, etc. Por eso abandonan con más facilidad que los varones las marcas del estatus, aún en situaciones de extrema pobreza urbana. Ensayo, entonces, una suerte de explicación general: las mujeres tien-

den a construir sus identidades complejas en términos de mayor coherencia, consistencia y capacidad de integración de las nuevas situaciones que los varones. Los varones, por su parte, al migrar a las grandes ciudades, pierden los beneficios del estatus y de las estructuras jerárquicas de reconocimiento de sus comunidades de origen; además, feminizados por etnia, migración o pobreza, se estabilizan de modo más precario e incierto.

Judith Butler denominó “*ethos* colectivo” a lo que alguna vez fue una idealización normativa que dejó de serlo (Butler, 2005: 4). En tanto ya no es creíble, ese *ethos* fuerza tanto a reflexionar sobre el modo en que se presenta el nuevo “estilo de vida” como a reconocer el violentamiento del *orden perdido*, que lo convierte en *anacrónico*. La reparación que busca el varón a “esa violencia” apunta precisamente a la restauración del orden perdido, que lo tenía en un lugar de reconocimiento hegemónico. En otras palabras, cuando los grupos -que sostienen un cierto *ethos* colectivo- apelan a diversos modos de violencia intentan reforzar la (aparente) normalidad y naturalidad de *sus* normas *perdidas*. Esas normas regían un tejido social y unos modos que, directa o indirectamente, beneficiaban a ciertos individuos varones. Pero las normas han cambiado: la globalización y las migraciones masivas lo ponen de manifiesto a pesar de resistencias manifiestas.

Los “varones violentos”, entonces, favorecidos por ciertas características individuales,

actúan el *ethos anacrónico*, constituyéndose en su sostén y su refuerzo. Son una suerte de “custodios de las fronteras” (sean culturales, territoriales, étnicas, jerárquica) que la globalización borra. Como el *ethos anacrónico* persiste con fuerza en el presente, convierten la violencia simbólica, *performativamente*, en violencia explícita. Vinculados por los privilegios perdidos al orden del estatus, a la figura del varón proveedor, a una estructura patriarcal y jerárquica hegemónica finisecular, lo sepan o no, resisten violentamente la pérdida de “su” *lugar*. Por eso llamo este tipo de violencia “reparatoria” en un doble sentido. Primero, porque pretenden reparar su autoestima dañada (devaluada, feminizada, etc.). Segundo, porque pretenden reparar el *Orden natural* de *su* mundo, en vías de extinción. Ante los mandatos del sistema patriarcal aún vigente, se resisten a convertirse en “los perdedores” del nuevo sistema. En consecuencia, inscriben violentamente en las mujeres significados y mandatos identitarios *anacrónicos*, para reestablecer el sistema de control directo e indirecto y para sostener *su* identidad *hegemónica* -grupal e individual- de modo férreo.

La feminización de la supervivencia, suma un fenómeno de difícil evaluación. Claramente vivido por el colectivo de los varones como un atentado más a su integridad identitaria (Sassen, 2003; 2008), no sólo han perdido su identificación como “proveedores” sino que, además, dependen del trabajo devaluado de las mujeres

para subsistir. Esa doble feminización –vivida como denigración e insulto *contra el orden del mundo*– exagera mecanismos de “autoprotección” o “autodefensa”, disparando mecanismos compensatorios.

X. La imposible restauración del Orden

El problema se abre en abanico y me veo obligada a circunscribir la cuestión a una sola de sus líneas. Sostengo, entonces, que en contextos de migración y globalización como los descritos, el control y la violencia que se ejerce sobre los cuerpos de las mujeres son tanto más férreas cuanto más amenazadamente la vive un conjunto de varones cuya *identidad es anacrónica y esencializada*. Perdido el control habitual que se ejercía sobre las mujeres (o visto como insuficiente), se apela a modos de *violencia reparadora* con la pretensión de restaurar un *orden natural* perdido, basado en una *jerarquía patriarcal naturalizada* y en una *identidad anacrónica* asumida individual y/o grupalmente como esencial, única y transhistórica. En pocas palabras, los grupos y los individuos avallan prácticas que sostienen y refuerzan el *ethos colectivo anacrónico*; en tanto el cambio de condición socio-cultural ha atentado contra su identidad y su autoestima, la mayoría de los varones vive la violencia que ejerce sobre una mujer simplemente como “respuesta legítima”

a un “ataque” previamente *sufrido*, tal como lo muestra el estudio de Silveira y Oliveira Rodrigues (2010). Esa violencia constituye así un acto de reafirmación de su virilidad (herida), que tiene como efecto la redefinición y el reacomodamiento simbólico-funcional de los miembros varones más débiles del colectivo (Femenías-Soza Rossi, 2009). Si los varones hegemónicos subalternizan a los varones feminizados, éstos a su vez, se autoinstituyen en subaternizadores legítimos del colectivo de las mujeres, a fin de restituir un orden social *natural anacrónico ontologizado y jerárquico*.

XI. Algunas breves conclusiones

Las explicaciones psicológicas que ponen el acento de la violencia en las características patológicas de los agresores individuales producen a los Estados al menos un beneficio estructural significativo, más grave que las patologías realmente existentes: lo exculpa de su responsabilidad en la conservación y reproducción de estructuras de vulnerabilidad y explotación real, económica y simbólica de las mujeres. Además, en tanto invisibiliza su carácter patriarcal, el Estado se hace cómplice de esa violencia. Como muy bien lo ha mostrado Sassen (2010), fenómenos como la feminización de la migración y/o de la pobreza, en el capitalismo globalizado, tienen una complejidad que pocos investigadore/as han comenzado a explorar, a

pesar de la gravedad e inmediatez de sus consecuencias: la violencia es una de ellas. Como contrapartida, la *feminización de la supervivencia* pone nuevamente a las mujeres en su “lugar natural de cuidadoras”, no ya de sus familias, sino de la humanidad global. Como ya hace muchos años advirtió Celia Amorós (1985), tras el fenómeno depredador de “tierra arrasada” del capitalismo salvaje, se entrega a las mujeres la paridad en el gobierno del mundo: ¿Una alternativa feminista o un retorno imaginario al *paraíso del cuidado matricial perdido*?

Referencias bibliográficas

- AMORÓS, C. (1985), *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, Barcelona, Anthropos.
- (2008), *Mujeres e imaginarios de la globalización*, Rosario, Homo Sapiens.
- APONTE SÁNCHEZ, E. Y FEMENÍAS, M.L. (2008), *Articulaciones sobre la violencia contra las mujeres*, La Plata, Edulp.
- BEREZIN, A. (2010), *Sobre la crueldad*, Buenos Aires, Psicolibro.
- BRAIDOTTI, R. (2000), *Sujetos nómades*, Buenos Aires, Paidós.
- BUTLER, Jennifer, (2000), "Military Prostitution: The Untold Story" A. Llewellyn (comp.) *War's Dirty Secrets: Rape, Prostitution & another Crimes against Women*, Cleveland, Pilgrim Press, pp. 204-232.
- BUTLER, Judith, (1997), *The Psychic Life of Power. Theories in Subjection*. Stanford, Stanford University Press.
- (2005), *Giving an account of ourselves*, Nueva York, Fordham Press, 2005.
- NACIONES UNIDAS (1993), *Declaración de las Naciones Unidas sobre la eliminación de la violencia contra la mujer*.
- FEDULLO, Liliana (2009), "La intemperie simbólica de la violencia masculina" 1º Congreso Interdisciplinario sobre Género y Sociedad: Debates y prácticas en torno a Violencias de género, Universidad Nacional de Córdoba (Argentina), 27, 28 y 30 de mayo.
- FEMENÍAS, M.L. (2005), *Perfiles del feminismo Iberoamericano*2, Buenos Aires, Catálogos.
- (2007), *El género del multiculturalismo*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- (2008a), "La construcción política de las identidades: Un alerta de género" *Las mujeres en la esfera pública: filosofía e historia contemporánea*, Congreso Internacional, Universidad Carlos III de Madrid, 11-13 de junio.
- (2008b), "Identidades esencializadas / violencias activadas", *Isegoría*, 38, (CSIC, España), pp. 15-38.
- (2010a), "Nuevas violencias contra las mujeres" *Nomadías*, 10.
- (2010b), "Migración: la identidad cultural en movimiento" Mesa redonda *Diásporas, Diversidades, Deslocamentos*, en *Fazendo Género*9, Universidade Federal de Santa Catarina, Florianópolis, Brasil (inédito).
- y SOZA ROSSI, P. (2009), "Poder y violencia sobre el cuerpo de las mujeres", en *Revista Sociologias Porto Alegre*, nº 21, Universidade Federal de Rio Grande do Sul, pp. 42-65.
- HARAWAY, D. (1995), *Ciencia, cyborgs y mujeres*, Madrid, Cátedra.
- IVº CONFERENCIA MUNDIAL SOBRE LA MUJER. (2006), Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer: Mesa redonda de alto nivel sobre las dimensiones de género de la migración internacional. Panel de Seguimiento. 27 de febrero a 10 de marzo.
- MAILHE, Alejandra (2008), "El género del margen. Reflexiones a partir de *Perfiles del feminismo Iberoamericano*3 de M. L. Femenías" *Revista de Filosofía y Teoría Política*, 39, pp. 127-140.
- PATEMAN, C. (1995), *El contrato sexual*, Barcelona, Anthropos.
- RODRÍGUEZ DURÁN, A. (2006), "Armando el rompecabezas: Factores que intervienen en la violencia de género" en FEMENÍAS, M.L. (comp.) *Feminismos de París a La Plata*, Buenos Aires, Catálogos, pp. 147-162.
- SASSEN, Saskia (2008), *Sociología de la globalización*, Buenos Aires, Katz.
- (2010), *Territorio, Autoridad y Derechos*, Buenos Aires, Katz.
- (2003), *Contra geografías de la globalización*, Madrid, Traficantes de sueños.
- SARTRE, Jean Paul, *Cahiers pour une morale*, París, Galimard, eds. vs.
- SILVEIRA, Paloma y OLIVEIRA RODRIGUES, Laís "[...] Até ela me bater também cara..." *Fazendo Género*9, Santa Catarina, agosto, 2010 (inédito).

YOUNG, Iris Marion (1983), "Is Male Gender Domination the Cause of Male Domination?" en Joyce TRABILCOT (comp), *Mothering: Essays in Feminist Theory*, New Jersey, Rowman & Allenheld.

--- (1990), *The justice of difference*, New Jersey, Prinstone.

Notas

- ¹ Adopto la convención de la “@” para no definir *a priori*, binaria y arbitrariamente el sexo de las personas involucradas.
- ² Este trabajo es deudor de mi participación en la mesa redonda *Diásporas, Diversidades, Deslocamentos*, en *Fazendo Gênero*9, Universidade Federal de Santa Catarina, Florianópolis, Brasil.
- ³ Piénsese en Argentina la rápida expansión del trueque durante la crisis de 2001.